

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

mutación de los escándalos

EN mi mocedad, los escándalos provenían de los grandes divorcios; ellos —y la secuela de «sexy» correspondiente— llenaban, al cabo del año, centenares de páginas de ciertas revistas. Hoy, en cambio, el escándalo lo constituyen y provocan las grandes bodas. Alrededor de ese contraste se podría especular sobradamente a la hora de enjuiciar nuestra época. Las ponderaciones darían un balance favorable a los tiempos actuales contra las alcadas costumbres del pretérito. Casarse, casarse bien y hacer gala de ello ante el público, manifestar el amor de cara a él es condición que la muchedumbre —entre la que nos contamos— celebra y aplaude. Por el contrario, las «estrellas» poliándricas y versátiles suscitan la repulsa y el desprecio popular. «Mi propia vida me pertenece», decía, defendiéndose, hace unas semanas Liz Taylor en estas mismas páginas. Un fotógrafo indiscreto puesto de guardia en las inmediaciones del castillo de Burkhall, en Escocia, pudo captar, con la complicidad del teleobjetivo, tiernas escenas de la luna de miel de los señores de Ogilvy, es decir, de la princesa de Kent y de su marido Angus Ogilvy. La trapecería del fotógrafo habrá provocado oleadas de afecto, de comprensión humana en la grande masa hacia ese par de poderosos que actúan, cuando no se les ve, como cualquiera de los restantes mortales. La revista ilustrada que publica las fotos titula la información, apeando tíernameamente a los recién casados de su pedestal; «Esos Ogilvy, ¡son tan simpáticos!...», como si se tratara de una pareja normal de nuestro vecindario. Los grandes se despojan de su grandeza y se acercan a los demás gracias a la elementalidad «ejemplar y popular de su tálamo. No hay lenguaje más directo y dinámico que el del corazón.

Otro rasgo se añade al del buen emparejamiento y peculiariza también a esta época. Muchos de los grandes novios demuestran —y con ello hacen felices a millares de gentes— que tal vez sean capaces de renunciar a algo tan intransferible como es el sentido del poder y del mando. Esos grandes, a cuyo cargo o por cuya representación se gobiernan los Estados —o algunos de ellos— manifiestan, en su pública versión que, en cambio, tal vez como contrapartida, no pretenden mandar en su casa. La princesa de Mónaco, nacida Grace Kelly, de los Kelly de Filadelfia, lleva a su marido el príncipe a pasar temporadas a esa ciudad, la de su compromiso matrimonial y patrimonial. La graciosa majestad vuelve allí a tirar de las narices a un indio, en una exposición, o come a carrillo suelto el maíz tostado de su independencia o de su juventud, ante la mirada y la sonrisa benévola, divertida y casi paternal de su marido, Rainiero. Y el rey de los belgas se va a pescar a Zanaux, donde halla acomodo en casa de su suegra, como un mortal cualquiera, mientras Fabiola va de algunas compras en bicicleta. Todo ello nos demuestra que esta época tiene matices distintos que la separan de las anteriores. Los escándalos,

hoy, no son, repetimos, los grandes divorcios sino todo lo contrario: las grandes bodas o, con más propiedad, las bodas de los grandes.

La cuestión no se plantea de ese modo por alguna razón especial, por ejemplo, que cierto espíritu paquato de las muchedumbres sienta atracción relevante hacia los fastos monárquicos en particular. No es eso, sino una cuestión de tú a tú. Lo que ocurre es que la muchedumbre ha podido comprobar que en las bodas de los grandes ha desaparecido la llamada razón de Estado. La distensión política ha alcanzado en cierto modo a las camas con dosel. El rey Hussein de Jordania, casado con una inglesa arabizada —que resulta así ser Mouna el Hussein, de la que tiene al hijo Abdulah, heredero del trono— fue uno más entre los espontáneos partidarios de la corazonada elemental, mayúscula y decisiva. La gente, pues, admira así esos impulsos de los grandes; no el fasto ni el oropel de las ceremonias, sino el imperativo: «porque me da la gana»; que en muchos de esos casos es, nada menos, «la real gana».

Mi generación fue la de los grandes escándalos mundanos pero, al propio tiempo y con ellos, la de la boda estafalaria —con abdicación del trono más poderoso de la tierra en aquel entonces— del rey Eduardo VIII con la hoy duquesa de Windsor. Puede decirse que nadie aprobó en aquel tiempo esa boda, justamente porque equivalía a un divorcio descomunal e imprevisto: el del hombre con sus deberes irrecusables. No vamos a me-

el robo del siglo

La vieja, pero enorme y eficaz lupa de Sherlock Holmes se ha posado sobre la extensión de la isla en la que, plausiblemente, habían de quedar los rastros y datos del extraordinario asalto al expreso Glasgow-Londres; y a las alturas en que escribo han sido recuperadas ya cerca de trescientas mil libras esterlinas. Es muy posible que cuando estas líneas aparezcan, el robo y sus entresijos estén ya cabalmente aclarados.

El asalto en cuestión tiene todos los requisitos de raíz literaria capaces de ser puro invento de un narrador en vena. No le falta, a estas horas en que escribo, el rumor de un avión nocturno que aterriza en las cercanías del lugar del robo, ni el yate diurno, blanco y escurridizo entre la niebla, posible escapatoria de los asaltantes. Difiere el suceso de los actos vandálicos de puro gangsterismo, tan característicos de nuestra época; en proporciones gigantescas es un robo de guante blanco, dirigido por la astucia mundana de un moderno Arsenio Lupin.

Lo más notable del suceso es, por ahora, la individualización de las fuerzas antagónicas en pug-

ternos a enjuiciar ahora el escandaloso rompimiento, pero lo cierto es que la gente no aprobó entonces la boda en cuestión a pesar de que el rey abdicante, en emisión que sólo halló eco comprensivo en el corazón de las «taxi-girls» de la época y en personal de otros locales de noche, alegara, patéticamente, dictados insofribles de su pasión. El resto de la gente consideró que Eduardo debía de renunciar a tener corazón en aquella circunstancia o que, de tenerlo, debía de ser otra clase de corazón.

Hoy, esos reyes que van a pasar temporadas a casa de los suegros demuestran, de manera pública y ostensible, con la flexibilidad y llaneza de su carácter, la humana y simpática flexibilidad de su rango. Cac bien en la muchedumbre la explosión espontánea de la humana condición. Vienen ellos a disipar los escrúpulos del gran don Pedro Mourlane Michelena cuando afirmaba, llanamente: «¡Qué quiere usted! Desde que los reyes han trocado la espuela y la bota militar y ecuestre por el pedal de la bicicleta, el mundo está perdido...». Lo decía aludiendo en aquel tiempo a los reyes escandinavos, tan dados a pedalear. Hoy, en cambio, esos reyes que pasan temporadas en casa de los suegros demuestran, por el contrario, los vastos recursos de la institución, y que quede bien claro que nos referimos a la institución del matrimonio, ya que éste no es en absoluto un comentario político.

na de sagacidades: los «dos gemelos», como se llama a los detectives Stan Davies y Charlie Case, han atrapado, casi por pura deducción digna de un Conan Doyle, a elementos diversos, todos ellos literaturizables: dos detenidos en Bournemouth —«nombre singular, querido Watson»...— y una pareja de floristas —¡precisamente floristas!— que poseían 860 libras de las robadas en el tren. Algunos periódicos, y con ellos una parte de la opinión, se habían apresurado a vilipendiar a la policía británica, acusándola de desprevenida y de tardía. Los ataques eran prematuros; hay que conocer lo que es un inglés en trance de indagación. Todos los ingleses son algo distraídos, pero casi ninguno de ellos es tonto.

Así, pues, la primera conclusión a que debieron de llegar Davies y Case sería la de que es casi imposible, sin el concurso del Pacto del Atlántico, pongamos por caso, evaporar centenares de millares de libras en plazo breve. La sonrisa de los dos sabuesos es, tal como la veo hoy reproducida, de satisfacción. Parece decir, con amplia sabiduría: «Un consejo, amigo; no robe usted demasado».